

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La lujuria recibe gran parte de su poder del sigilo. Cuando los pensamientos, fantasías, comportamientos y arreglos permanecen ocultos, pueden crecer sin dificultad. La recuperación comienza a debilitar ese poder al sacar a la luz lo que está oculto. Las lecturas de este domingo nos recuerdan que la verdad dicha con amor no está dirigida a avergonzarnos. Está destinada a llevarnos de regreso a la libertad.

En la primera lectura, el Señor nombra a Ezequiel como centinela y le da la responsabilidad de advertir a los demás cuando el peligro se acerca (Ezequiel 33:7-9). En el Evangelio del domingo, Jesús enseña a sus discípulos a atender de manera directa el pecado: “*Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas.*” (Mateo 18:15).

Jesús comienza diciendo que se requiere una conversación privada. No hay una humillación pública, murmuraciones o intentos de destruir la dignidad de otra persona. El propósito es la restauración. Jesús dice: “*Si te escucha, habrás salvado a tu hermano.*” (Mateo 18:15). La corrección, cuando está cimentada en el amor, es una invitación a regresar a la verdad y a la unión.

Esto es fundamental en la recuperación de la adicción sexual. Necesitamos a personas que estén dispuestas a darse cuenta de cuando nos estamos desviando y que tengan el permiso para decir lo que ven. Un padrino, madrina, mentor, sacerdote, consejero, cónyuge o amigo de confianza puede enfrentarse a una postura defensiva, al aislamiento, a la racionalización o al sigilo, antes de que estemos preparados para admitir sus dichos. Sus palabras pueden resultar invasivas cuando una parte de nosotros aún quiere proteger a la adicción.

Aceptar la corrección requiere humildad. La lujuria nos entrena para escondernos, minimizar y a separar las cosas. Puede ser que nos digamos a nosotros mismos que una fantasía es inofensiva, que un comportamiento privado no afecta a nadie más, o que no vale la pena mencionar un pequeño arreglo. La recuperación nos pide que rechazemos ese instinto. Cuando alguien en quien confiamos

expresa una preocupación, debemos hacer una pausa antes de defendernos y preguntarnos si es que hay algo que necesitamos ver con más claridad.

A pesar de ello, rendir cuentas no es ser vigilado. Ninguna persona puede manejar nuestra recuperación por nosotros. Podemos establecer protecciones, compartir con honestidad y aceptar preguntas directas, pero ningún sistema puede sustituir nuestra propia disposición a vivir en la luz. El objetivo no es tener más capacidad para evitar las consecuencias. Es convertirse en el tipo de persona que ya no necesita una vida oculta.

En la segunda lectura, San Pablo nos da un parámetro, tanto para la corrección como para la rendición de cuentas: “*Quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, cumplir perfectamente la ley consiste en amar.*” (Romanos 13:10). La verdad sin amor puede convertirse en humillación. El amor sin verdad puede convertirse en permiso para mantenerse sin cambios. La recuperación madura mantiene a ambos unidos.

Esto también influye la forma en la que respondemos cuando otra persona en recuperación está pasando por un mal momento. La comunidad no es un lugar para la comparación ni para la superioridad moral. Recordamos nuestra propia vulnerabilidad. Hablamos con honestidad cuando es necesario, pero con la humildad de quienes saben lo rápido que se puede regresar al secreto y al autoengaño.

Jesús promete: “*Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos*” (Mateo 18:20). Esa promesa da un significado más profundo a la comunidad de recuperación. Cristo está presente cuando nos reunimos con honestidad, confesamos lo que preferiríamos ocultar, nos animamos unos a otros y permitimos que alguien más nos desafíe cuando nuestro pensamiento empieza a divagar.

A veces, la libertad requiere que hablemos antes de que el secreto aumente. A veces requiere que escuchemos sin defendernos. La recuperación se fortalece cuando dejamos de tratar a la

responsabilidad como un castigo y empezamos a recibirla como una forma de amor.

Cristo no pone a la luz cosas ocultas para destruirnos. Las lleva a la luz para que puedan ser sanadas. No podemos recuperarnos en el aislamiento, pero juntos podemos ayudarnos mutuamente a seguir actuando con honestidad, conectados y dirigidos hacia Aquel que nos restaura a la plenitud.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué pensamiento, fantasía, comportamiento o arreglo estás más tentado a minimizar u ocultar?
- ¿Quién tiene actualmente el permiso para retarte cuando nota que el secreto, el aislamiento o la racionalización comienzan a regresar?
- ¿De qué manera puedes entender la responsabilidad, más como un acto de amor y menos como una amenaza para tu privacidad o independencia?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Ezequiel 33:7-9

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 13:8-10

EVANGELIO Mateo 18:15-20